



JOSÉ MANUEL
CUADRO



JOSÉ MANUEL CUADRO

Investigador editorial IdeaPaís

ENTREVISTA

Pierpaolo Donati:

"[La familia] no es un simple agregado de individuos y no es una coexistencia cualquiera, porque está constituida por el doble entramado de relación de pareja y relación generativa"



Pierpaolo Donati (Budrio, Italia; 1946), sociólogo y filósofo italiano. Cuenta con una dilatada experiencia docente e investigadora de más de cuarenta años, siempre ligado a la Universidad de Bolonia (Italia), y hace algunos años, a la Universidad de Navarra con el máster en Investigación en Ciencias Sociales. El laureado académico ha sido reconocido por varias instituciones: en 1994, por la ONU como miembro experto distinguido durante el Año Internacional de la Familia; doctorado *honoris causa* en 2007 y 2017 por la Pontificia Universidad de Letrán y la Universidad Internacional de Cataluña, respectivamente. Desde 1997 y hasta la actualidad, es miembro de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales.

Para el sociólogo y filósofo, el carácter relacional es inherente al ser humano. Esto, que parece una obviedad, es la base de su teoría sobre la sociología relacional que afirma que el principio de todo hecho social es la relación, y por ende las respuestas a los grandes conflictos deben venir atendiendo a esos vínculos.

—**¿Cómo conversa la denominada «sociología relacional» con la idea de familia?**

—Cada relación tiene su propia especificidad. La familia nace de las relaciones y está constituida por relaciones *sui generis*. La sociología relacional quiere dejar claro que, puesto que las personas humanas son seres constitutivamente sociales, lo que llamamos «social» es relacional. Por lo tanto,

la familia, como hecho social, es una relación, y precisamente una relación de plena reciprocidad entre el hombre y la mujer, y entre las generaciones. No es un simple agregado de individuos, y no es una coexistencia cualquiera, porque la familia está constituida por el doble entramado de la relación de pareja y la relación generativa. Digo que hay un «genoma social» de la familia por analogía con el genoma biológico.

En el caso de la familia, los elementos de los que está hecho el genoma son el don (acto gratuito), la reciprocidad como norma que regula la vida familiar, la sensualidad de la pareja y la generación de hijos (al menos como acto de intención); la familia es el entramado relacional de estos elementos. El entrelazamiento varía de una familia a otra, pero existe el mismo genoma, al igual que las personas humanas son todas diferentes, pero comparten el genoma humano.

—**¿Esta idea de familia se contrapone con el mundo moderno?**

—La sociedad moderna nació de la familia burguesa, que es nuclear, privatizada, puerocéntrica y adquisitiva. Pero, de acuerdo con su código cultural —orientado hacia el éxito individual en el mercado—, no podía reproducirse, porque el Estado moderno considera solo ciudadanos a los individuos y no reconoce la ciudadanía familiar, lo que significa reconocer el papel de la familia como un sujeto que cumple funciones precisas para el conjunto de la

sociedad, y por ello merece un tratamiento específico; como un lugar de solidaridad entre los sexos y entre las generaciones.

La posmodernidad contempla la disolución de las relaciones de pareja y de las relaciones intergeneracionales, porque no tolera los lazos sociales y las identidades naturales de hombre-mujer; habría que ver las teorías de género. Ahora, no debemos confundir el enfoque *relacional* con el *relacionismo*. Estamos impregnados por el «relacionismo», es decir, por entender las relaciones como puros flujos y procesos interactivos aleatorios del momento, mientras que mi sociología relacional entiende las relaciones como formas estructuradas de vida social.

—Con el libro de Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida* (1999), se caracterizó a la sociedad de hace ya más de veinte años, ¿comparte aún sus postulados para las sociedades modernas?

—La idea de Bauman, que la sociedad actual es líquida, es en parte cierto, pero no me convence del todo. Ciertamente, capta el hecho de que las relaciones sociales se vuelven más frágiles, más «ligeras», en constante cambio, pero esto no significa que todo se licue. Por el contrario, detrás de la liquidez de las relaciones surgen nuevas estructuras sociales que son líquidas solo en apariencia. Las nuevas formas de familia carecen de alteridad y, por lo tanto, la familia sufre, tal como está en mi reciente libro *Alterità. Sul confine fra l'io e l'altro* (2023). O como dice Byung-Chul Han en *L'espulsione dell'altro* (2017), pretendemos comunicarnos, pero solo buscamos nuestro reflejo en los demás y la conformación de este reflejo en los demás. En lo que respecta a la familia, la liquidez de las relaciones esconde la aparición de nuevas estructuras, declaraciones familiares, como uniones libres, parejas poliamorosas, que se denominan «familias», pero no lo son. Estas formas encuentran reconocimiento institucional y legislativo, por lo tanto, en realidad, la liquidez esconde una morfogénesis

de las formas familiares, que es una deriva cultural. Bauman se equivoca: en lugar de una sociedad líquida, nos enfrentamos a la sustitución sistemática de las estructuras familiares naturales por formas artificiales de «familias» que no son tales.

—¿Cómo se pueden fomentar relaciones de calidad en sociedades cada vez más individualistas?

—Hay que actuar en dos frentes. Por un lado, mostrando que la salud física y la felicidad de las personas dependen de sus relaciones. Solo cuando las personas viven de la generación de bienes relacionales disfrutan de un mejor bienestar psicofísico, los niños tienen más éxito en la escuela, los adultos tienen ocupaciones profesionales más satisfactorias, etc. El estilo de vida familiar tiene muchas ventajas sobre otros estilos. Por otra parte, la legislación social del Estado debe promover relaciones estables y de plena solidaridad, como las que propiamente conocemos. Desgraciadamente, los sistemas fiscales y de bienestar (pensiones, sanidad, asistencia social, etc.) están orientados al individuo más que a las relaciones de las familias que asumen tareas sociales, como la crianza de los hijos y el apoyo a los débiles, enfermos, discapacitados, desempleados. Ciertamente, sin embargo, las relaciones de calidad son el resultado de una educación que parte de la familia y se extiende a la escuela, y para ello necesitamos un pacto entre la familia y la escuela, mientras que hoy vemos una creciente división entre estos dos ámbitos de la vida.

—¿Es posible una concepción de la familia fuera del lazo institucional del matrimonio?

—El matrimonio es esencial para garantizar la estabilidad y la solidaridad entre los sexos y entre las generaciones. Sin matrimonio, la vida familiar es más difícil y arriesgada, porque las relaciones se viven de forma provisional y siempre existe el miedo a una ruptura o a un conflicto en parejas que

cohabitan y que no han hecho una alianza real. Todas las sociedades del pasado han tenido que institucionalizar la relación de pareja con el matrimonio. Por ejemplo, en los años 1920-30, la URSS prácticamente había abolido el matrimonio, pero luego, ante la desintegración social, el propio Stalin tuvo que reintroducir la legislación con el vínculo del matrimonio.

La sociedad occidental actual es esquizofrénica: por un lado, parece fomentar los matrimonios (como en Estados Unidos), donde la tasa de bodas es alta, porque muchas personas contraen segundas, terceras o cuartas nupcias; por otro lado, perjudica al matrimonio por los costes que impone, y por tanto un número creciente de parejas –sobre todo de las clases sociales medias-bajas o marginales– no se casa. Muchos jóvenes posponen su boda porque quieren una ceremonia lujosa y no tienen el dinero para hacerlo. La falta de un pacto matrimonial repercute negativamente en los niños, que son los que más sufren la precariedad de la vida cotidiana. El matrimonio es un recurso más que una limitación, porque hace claras y solidarias las responsabilidades en las relaciones familiares y aumenta su capital social y humano.

—¿Por qué los jóvenes parecieran ya no querer formar familia? ¿Se debe exclusivamente a los obstáculos que se les presentan (laborales, económicos, estabilidad emocional?), ¿o ha ido cambiando la concepción de ser padres?

—Obviamente, todos estos factores son relevantes. Sin embargo, la razón principal es psicológica y cultural, y tiene que ver con el miedo a atarse a vínculos demasiado estrictos. Muchos elementos de la cultura occidental juegan con este miedo: al

futuro en presencia de una crisis sistémica (crisis económica, crisis ecológica, etc.), considerar a los niños solo un costo y una carga, etc. Las tendencias culturales llevan a las personas a pensar que la familia es un «riesgo» en lugar de un recurso esencial para una vida feliz.

—¿Es posible la construcción de políticas públicas profamilia con cada vez más bajas tasas de natalidad?

—Es posible, pero requiere un *shock*, una sacudida muy fuerte en las políticas sociales y económicas. Las políticas puramente económicas, como los subsidios familiares, deducciones fiscales y diversos tipos de bonificaciones a las parejas que tienen más hijos o al menos un hijo más, no son suficientes. Estas prácticas se han utilizado en muchos países durante algún tiempo, pero tienen muy pocos resultados y menos efectivos. Las parejas no tienen un hijo más por un poco de dinero extra. Los incentivos eco-

nómicos no son efectivos en absoluto; a lo sumo, pueden aliviar un poco los costos de los niños de las clases bajas y medias. Pueden evitar un colapso radical de la natalidad, como es el caso de algunos países europeos como Francia y Alemania. Pero no sirven para llevar la tasa de natalidad al nivel de reemplazo de la población.

Para aumentar la tasa de natalidad, en mi opinión, se necesitan tres cosas fundamentales: 1) una redefinición del sistema público (impuestos y asistencia social) en función de la familia con hijos (es decir, políticas favorables a la familia e integración de la familia); 2) una red de servicios relacionales para la familia, es decir, que ayuden a las familias a fortalecer, en lugar de debilitar, sus relaciones (centros familiares, centros de asesoramiento

“Sin matrimonio, la vida familiar es más difícil y arriesgada, porque las relaciones se viven de forma provisional y siempre existe el miedo a una ruptura o a un conflicto en parejas que cohabitan y que no han hecho una alianza real”.



familiar, etc.), y 3), la introducción en las escuelas de programas educativos de formación para la vida familiar de los adolescentes, ya que la transmisión de la capacidad de formar una familia de una generación a la siguiente ha desaparecido.

—**En su último paso por Chile, en el lanzamiento del libro *La política de la familia: por un welfare relacional y subsidiario*, planteó que «la familia no puede ser neutralizada por la esfera pública». ¿A qué se refiere?**

—Mi tesis es que el Estado, cualquier Estado, no puede escapar a un dilema: o favorece a la familia o la desfavorece. De hecho, no hay ni puede haber una

posición neutral hacia la familia, porque las políticas públicas siempre tienen un impacto positivo o negativo en la familia. No existe el impacto cero de las políticas públicas. Este es el resultado de una investigación empírica mundial. Por esta razón, se deben crear agencias públicas en todos los Estados para evaluar el impacto de las leyes en la familia. Esto vale para cualquier política pública, desde la seguridad social hasta el transporte, pasando por la salud, la planificación urbana, por no hablar de todas las medidas relacionadas con la salud, la nutrición, los juegos infantiles, la condición del trabajo y la familia. ®